

Introspección

Roger Felices



Capítulo 1

El escritor

Dicen, que los escritores son personas reservadas y solitarias. Dicen, que son capaces de estarse horas mirando al techo, esperando que les visite la tan deseada inspiración. Dicen, y no les falta razón, que aman el silencio, la calma y la serenidad. Pura introspección. Deshuesar el alma en busca de ideas, motivaciones y escenarios. El arte de la pluma, la lírica y la composición. La lectura, el sillón y el whisky. Las pausas, el aire exhalado fruto de la desesperación. La paciencia, el momento perfecto. El abandono, a sus más allegados y a uno mismo. A uno mismo.

Pero también dicen, que cuando vuelven a sentir, ahorcan su propio melodrama, escapan de las entrañas de su santuario y corren por las calles buscando anécdotas que relatar. Sacudidas. Necesitan sacudidas para recordar que siguen vivos. Necesitan, tropezar una y mil veces con la misma piedra para entender su error. Necesitan palpar las líneas de su inspiración. Necesitan, y mucho, gritarle que no se vaya, ahora no. Que se quede, por mucho tiempo, para completar su gran obra. Están llenos de vida. Siempre lo estuvieron. Escribirían mil libros de amor, de sinceridad y de plenitud. Echarían la vista atrás y rellenarían páginas y páginas de historias preciosas. Como tú. No venderían ni uno, porque la gente envidiaría tanta felicidad plasmada en el papel. Pero les daría igual, porque lo tendrían todo. Lo tenían todo.

Entonces, recuerdan que son escritores, y que son reservados y solitarios. Que se les da mejor jugar con la narración que dialogar. Ojalá, que cuando llega la inspiración, no se lo llevase todo por delante. Que amase los tempos y las esperas. Que fluyese entre los párrafos. Pero la eternidad no existe, todo tiene un límite. El límite de un escritor llega hasta donde es capaz de escribir. Nadie quiere acercarse a su límite, ni si quiera divisarlo. Por eso, y mucho más, debe cuidar a la inspiración, medir sus frases ante los impulsos sobre el papel. Recordar, todo lo bueno que conlleva, todo lo pletórico que te hace sentir, y no echarla a perder.

Dicen. Dicen, que compartir está bien. Dicen, que abrirte al mundo no. Dicen que compartir el mundo es bonito, y que abrirte con quién te apetece está bien. Dicen, que dar las gracias es necesario, aunque no sepas exactamente por qué. Digo, y solo digo, un y mil gracias por hacerme ser escritor de nuevo.

Capítulo 2

El decaimiento

Impotencia. Pocas cosas son más tormentosas que la impotencia. Gritar, y no escucharte. Escuchar, y no oír nada. Oírte pensar, y decirlo sin tapujos. Decir lo que necesitas, y que pidan por ti. Que hablen por ti. Que decidan por ti.

¿Qué hay más frustrante que decidan por ti? ¿En qué momento entregamos la linterna que alumbra nuestro camino? ¿En qué parte del cuento, hemos dejado de leer en primera persona? Sencillo. Tan sencillo que no hay explicación, ni se puede evitar. No puedes luchar contra ello. Es algo natural e inevitable. Nace una dependencia, que cuando la descubres, no hay vuelta atrás. Y lidia luego con ella. Suerte. La necesitaremos.

Capítulo 3

El barco

Penitencias. Karma. ¿Mala suerte? Todavía echo de menos aquél púber inocente que no creía en el azar. Aquél sinvergüenza que diseñaba los anclajes de su propio destino. Aquél descarado adolescente, que siempre confiaba en sí mismo para reconducir cualquier situación. Le hablaban de penitencias, y se reía. Le hablaban del Karma, y se mofaba cuál inverosímil leyenda de antaño. Le hablaban de mala y buena suerte, y te contestaba con semblante serio que cada uno labra su camino, que el azar no interfiere en las vidas de cada uno. Cómo me gustaría no echarle más de menos.

Muchas veces me pregunto por qué nuestras emociones afloran cuando el barco ya ha zarpado. Por qué los escalofríos, los nudos en la garganta y las lágrimas en los ojos, esperando el pistoletazo de salida para empezar la carrera mejilla abajo, no aparecen mientras buscas tu camarote. Me encanta buscar mi camarote. Entrás en una red de pasillos infinitos, algo lúgubres pero con la luz idónea para vislumbrar los números en las puertas. Cada esquina que doblas, esperas encontrar algo nuevo, algo electrizante que te empuje a empezar una nueva aventura que contar. Recuerdas los malabares que te enseñó tu abuelo, pero cambias las pelotas de arroz por la incertidumbre y la picardía.

Encuentras tu camarote, y abres la puerta con una gran sonrisa como llave magnética. Nunca son como en las fotos. Podías imaginarte lo que te deparaba, pero incluso en espacios tan pequeños, descubres rincones que te erizan la piel. Y ese balcón, abriéndose un mar de calma ante tus ojos. La brisa golpea tu presente buscando serenidad y apaciguar tu ser. Te instalas de manera precipitada, quizás motivado por la impaciencia. Tus ganas de conocer todo lo que te depara dentro de ese barco, tan majestuoso, te han correr buscando las demás estancias de tu futuro próximo. Conocer más, sin reparar en los tempos. Conocer al fin y al cabo. Conocerse. Aprender. Avanzar. No puedes ser cauto.

Entonces recuerdas que los viajes en barco dependen de muchos factores. Clima, actividades, soledad, compenetración, entendimiento y sacudidas. Las sacudidas de las tempestades que aparecen sin avisar. Aquellas que te hacen tambalear. Para las que no estás preparado. Las que limitan tus aspiraciones hasta el punto de empezar a construir tu propio bote salvavidas. Las que te hacen buscar desesperadamente un soporte donde sujetarte. Corres sin mirar atrás, sin mirar a los lados. Pero también corres sin mirar hacia adelante. Y caes. Cuando te quieres dar cuenta, el agua fría de la noche entumece tus huesos y tus sensaciones. Silencio.

Vuelves a abrir los ojos y ves el barco marchar. No hay bote salvavidas, no hay soportes, no hay donde sujetarte. No queda otra más que nadar. Y nadar. Y nadar. Y nada. Al final, Vislumbras un pequeño islote donde estacionar este inverosímil viaje. Te depara un largo y turbulento tiempo de espera hasta salir de ahí, por lo que te relajas. Y piensas. Y reflexionas. Y en ese preciso momento, es cuando eres capaz de analizar todo lo ocurrido. El barco ya ha zarpado y tu no estás en él. Y te sorprendes, por qué afloran entonces las emociones. Y te preguntas por qué, ¿por qué ahora? Y ves claro tus errores, aquellos que cometiste por correr, por precipitarte, por ser poco avisado e intuitivo. Errores inocentes, sin maldad alguna, pero errores al fin y al cabo. Y te gritas a ti mismo, convencido, qué diferente sería todo si volviese a mi camarote. Dónde empezó todo. Pero tu penitencia es sufrir en silencio, aguantando las tempestades al aire libre. El Karma no perdona, y ahora toca pagar las multas de las zancadillas que pusiste. Y por último vivir en las rachas de mala suerte. La que no puedes cambiar, pero que desearías tanto hacerlo.

Qué fácil sería todo si pudiésemos arrancar las capas del corazón y jugar la primera mano con todas las cartas. Qué fácil sería, volver a comprar el billete de ida para subirte al barco de nuevo, y buscar tu camarote. Qué fácil sería, borrar las huellas de tus pisadas para dibujar unas nuevas, que te acerquen a lo que ahora deseas. Pero la vida difícilmente da segundas oportunidades. Y el barco ya zarpó.

Capítulo 4

La obstinación

Balanzas. Pesos y balanzas. ¿No os da la sensación que constantemente estamos midiendo las cosas? ¿Me compensa el esfuerzo? ¿Me servirá de algo? ¿Valdrá la pena?

Miedo. Veo miedo en las calles cada vez que doblo una esquina. Al rechazo, a la sinceridad, al perdón, a la honradez, a la aceptación de tus propias realidades, al hacer daño aunque no sabes que no tienes el poder de hacerlo. A vivir. A ser feliz. Que más da si has pasado los mejores momentos de tu vida y ya no te acuerdas, o no quieres acordarte. Que más da si te das cuenta que alguien ha conseguido hacer tambalear tus cimientos, y lo quieres ignorar por completo. Que más da si meces tus sentimientos en un vaivén de mentiras. ¿Verdad? Que más da.

Dices que no eres orgullosa, pero éste te ciega a ti misma. Dices que mis acciones son imperdonables, pero no miras debajo de tu cama. Dices, que debes estar alejada de mí, cuando estoy obligado a vivir a una zancada de ti. ¿Dónde quedaron las palabras que me dedicabas en el pasado? ¿Dónde busco el furor de tus besos llenos de carmín? ¿Dónde guardo todo aquello que aprendí?

Miedo. Veo miedo en las calles cada vez que doblo una esquina. Miedo al rechazo de los demás, a ser sincera contigo misma, a perdonar a quién te lo suplica y muy dentro de ti, te mueres de ganas de hacerlo. Miedo a la honradez de mis actos, tarde quizás. Pero excúsate en ello. Convéncete. Miedo a aceptar tu realidad, aunque tu coraza inexpugnable no te lo permita. Miedo a hacerme daño, aunque sepas que no puedes. No lo permito.

Balanzas. Qué compensa y qué no. He roto las mías hace tiempo. Ahora escucho mi corazón maltrecho. Y me sorprendo, por qué me habla como nunca antes lo había hecho. Te recomiendo que hagas lo mismo, aunque no podrás conseguirlo. Necesitas escarbar demasiado dentro de ti y no tienes tiempo ni ganas para ello. Sigue con tus pesos, que yo ya los he cambiado por besos.

Capítulo 5

La quimera

Imagínate que todo esto no ha sido real. Piénsalo. Vale, no me mires así. Conozco tu mirada de incredulidad. Relájate. Escúchame, aunque no desees hacerlo. Déjame explicarte:

Tú misma lo decías. Tú misma lo remarcabas y me lo recordabas. Yo lo negaba. Y hasta hace muy poco, te lo negaría una y otra vez. No quería verlo. Perdón, no podía verlo. Cómo quieres que repare en ello si no me soltabas la mano. Cómo quieres que perdiera un solo segundo para darle una vuelta, si solo tenía tiempo para ti. Para nosotros. Para aprender y para mejorar. Para reír y sonreír. Para dialogar y para discutir. Para escucharte. Nunca te dije lo que me gustaba escucharte, aunque me perdiese en el transcurso de tus palabras, buscando tus labios. Nunca te conté acerca de todas las historias que escribí, antes de mostrarte la primera de ellas. Nunca te hablé sobre las horas de madrugada que pasé, en pleno invierno, resguardándome como pude del frío manto de oscuridad de la noche barcelonesa, pensándote. Nunca, nunca, nunca, hubiese imaginado que echaría tanto de menos tus ojos tan sinceros. Tu piel, todavía perdidamente enamorado. La delicadeza de tus manos, acariciándome. Mimándome. Tu espontaneidad, tu certeza y tu seriedad. Tus reproches a mis sonrisas equívocas, tu paciencia y tu espera. Tus tempos. Tu pasión. Mi pasión. Nuestros momentos.

Imagínate que todo esto no ha sido real. Imagínate, por un instante, que todo volviese a empezar. Que partiésemos de cero. Pero no desde los inicios, sino desde los comienzos. Nuestro prólogo no lo cambio por nada del mundo. De hecho, me encantaría poder viajar de nuevo a aquella época, donde cada segundo era mágico. Dónde me volví loco. Dónde cada instante contigo era una puñalada de realidad. Dónde cuanto más me acercaba, más lejos me sentía de ti. Fue un baño de emociones tan dispares, que me volví adicto a ellas. Pero como digo, esta etapa no la reconstruiría bajo ningún concepto y siempre me acordaré de ella con una sonrisa por bandera. Te hablo de deconstruir los comienzos, los primeros andares. Me veo con fuerzas de hacerlo, más que nunca. Deshojar la margarita que compuso esos meses de nuevo, con ritmos y movimientos distintos. Otras decisiones. Compaginar ganas y mente, pasión y control, de la mejor manera posible. Sonreírte más, callarte a besos, abrazarte y mirarte, mirarte mucho. Escucharte y rebatirte, y contestarte, y asentirte. Escribirte más, pensarte más y soñarte mucho, mucho más. Por qué todo lo que desprendes es belleza, y nada más.

Esclavo de tus pasos, atrapado en tu red inexistente, escondiéndome en el humo de mi cigarro, te observo. Veo como te vas, como te fuiste, lejos. Volviste y ya está. Volviste. Siendo otra persona. Imagino que todo esto

no ha sido real, que fue fruto de un sueño dulce y amargo. Pero no lo fue. Y ahora suspiro en silencio. Por lo que pudo ser y no fue, ni será. Pero te veo, y esto es más que menos. Es más que nada. Pero soy un inconformista, y me imagino que esto no ha sido real. Y suplico despertarme recién empezado el año, pero no abro los ojos. De hecho, hace ya mucho tiempo que me cuesta cerrarlos. Ha sido real. No lo pienses más.

Capítulo 6

El Ave Fénix

¿Te acuerdas? El cansancio, la resignación, los suspiros, la incredulidad, la oscuridad. Cuando fijabas tu mirada en un punto difuminando su estructura. Cuando andabas sin rumbo y sin mirar el reloj. Maldito reloj. Cuando te sentabas a ver los coches pasar. Cuando esperabas aquel mensaje que lo podía cambiar todo y nunca llegaba. Cuando te diste cuenta por primera vez, que la brisa marina de medianoche no golpea igual que la de día. Recuérdalo. Hazlo ahora que puedes. Por qué ha sido difícil llegar hasta aquí.

Tuviste que besar los cimientos del infierno. Tuviste que saltar las baldosas ardientes, para encontrar la salida. Te encontraste con mil obstáculos en tan profundo abismo. La parte positiva de hundirte en las tinieblas, es que nada peor puede pasar ya. Y no tienes otra alternativa más que luchar por encontrar el claro de luz que anuncia el fin de tu redención. Y esta lucha, es contra ti mismo. ¿Te acuerdas? Eras tú y solamente tú. Te conocías a la perfección, sabías que querías y qué anhelas. Qué deseabas. El camino a seguir lo construías tú. Mostrabas tus virtudes y jugabas con tus defectos. Eras el abanderado de la picardía y tu intuición era sabia. No percibías el miedo y tu valentía era latente en las percepciones ajenas. Tenías el control de tus inquietudes, y tu destino. Recuérdalo.

Hacía mucho tiempo que no hablabas contigo mismo. Quizás pequeños reajustes en modo de parche, para solventar las trabas del día a día. Pero cuántos meses han pasado sin hablarte ni escucharte. Atentamente. Respetando los tempos. Acariciando los pilares de tu esencia. Revisando las bases de tu ser. Te habías olvidado sin darte cuenta de tu amor propio, de tu fuerza interior. De quién eras y quién querías ser. Pero eso se acabó, por qué después de visitar el Reino de Hades, Kratos volvió con más fuerza que nunca. Un guerrero. Cómo tú.

Visita de nuevo tu cantina de mármol y retoma la construcción de tu sendero. Blanco, bonito y brillante. Reluciente. Para que tus nuevos andares sean firmes y decididos. Para no pisar en falso. Pero no olvides tu visita al inframundo. Guarda las experiencias en baúles con mil candados, pero guarda las mil llaves. Para cuando te pregunte si te acuerdas, con una gran sonrisa en el rostro, me contestes que lo recuerdas.

Capítulo 7

Mi utopía

Luz. Halos de luz que se filtran por las pequeñas rendijas de tu celda hermética. Diminutas virutas de claridad que marcan las primeras baldosas de un nuevo sendero por andar. Y sin esperarlo, por lo que todavía brillan más.

Ahí está, la confianza que dejaste de tener. Ahí están, las sonrisas que dejaste de mostrar. Y por ahí vuelven, con la cabeza bien alta, las ganas de disfrutar de las cosas bonitas de la vida. Sin pedirlo, sin aguardarlo. Poco a poco, sin prevenirlo. De hecho, tengo que ser sincero. Quizás sea un perdonable error, pero me gusta cometerlo. La mecánica de mi ser está programada para funcionar así. Las primeras impresiones, tanto físicas como psicológicas, me encandilan. Las pienso y las proceso, jugando a crear una visión en mi mente que desarrollo, completo y defino. Luego, y por eso me gusta cometerlo, me dispongo a comprobarlo. Hablando, pensando, compartiendo tiempos, conversaciones, impresiones, diálogos y opiniones controvertidas, debates y discursos intensos. Romper moldes, destrozar imágenes y anular prejuicios. Cómo lo echaba de menos. Equivocarme. Errar en mi artesanía y creatividad, para que un golpe de realidad me devuelva la razón. Y a partir de este preciso momento, viajo a mi mundo utópico. Aquél que lo permite todo, donde construir castillos de arena en un entorno tropical está permitido. Donde soñar en lo que quieras, está bien visto.

Como digo, dentro de mi mundo utópico, todo es posible. Es increíble. Puedes sonreírle tantas veces como quieras, puedes emplear tus cartas sin miedos, puedes ejecutar tus tácticas bélicas como si de un juego de mesa se tratara. Incluso puedes manejar los tempos como quieras, disfrutando las pausas y acelerando los momentos a tu antojo. Arriesgar. Crear reflexiones. Pero de las que te dejan con cara de bobo mientras que la comisura de tus labios dibujan una curva ascendente. Levantar la ceja y reprimir tus impulsos. Puedes creértelo. Puedes hacerlo realidad. Puedes volver a ser quien eras, quién abanderaba al equipo de la picardía y de la intención. Puedes pasarlo bien. Flotar y dejarte llevar. Divagar. Soñar.

Lástima que los mundos utópicos sean precisamente eso, mera utopía. Pero que bien se está cuando se está bien. Sea donde sea. Estés donde estés. ¿Y por qué no aterrizar al mundo real y creértelo? Traspasemos este estado al mundo tangible. Vamos a disfrutar de las pequeñas ilusiones que te presenta la vida, por muy quiméricas que sean. Decidido. Let's play.

Capítulo 8

Geometría

Geometría. La rama de las matemáticas que más me gusta. La geometría estudia la extensión, la forma de cálculo, las relaciones entre puntos, líneas, ángulos, planos y figuras, y la manera cómo se miden. Es la base teórica descriptiva del dibujo técnico. Y así es cómo se dibuja técnicamente y describe la vida misma.

Todo nuestro entorno, todas nuestras metas, todos nuestros deseos y todas nuestras ambiciones están unidas por puntos. Unos puntos que se fijan solos, inexistentes. No se ven, son intangibles, pero marcan el inicio y el final. Señalan el punto de partida y el tramo de desenlace. Empezamos proyectos sin fecha de caducidad. Idealizamos el tiempo como compañero de viaje. Y nos preguntamos que cuánto queda, por que somos impacientes. Y nos preguntamos cuánto falta para dejar de andar. Pocas veces reparamos en que lo sencillo sería detenerse y mirar atrás, donde colocaste el punto inicial sin saberlo. Tampoco nos damos cuenta, en que avanzamos sobre la línea que une los dos puntos. Una línea inquebrantable. La fuerza del lápiz sobre el papel marca un destino irrechazable. El premio nos absorbe y nubla el horizonte. Pensamos que al final nos espera un oasis de paz y satisfacción, y puede ser. De hecho, los oasis son símbolos de esperanza ante la desesperación. Pero también son promesas, son utopías y son fantasías.

La fantasía de mi cuento no es correr más rápido, es recortar la línea que se dibujó en su día. Acortar la distancia, besar el tiempo ganado y cambiarlo por momentos. Cada vez más. Y mejores. Los tuyos y los míos. Los nuestros. Y nuestros momentos hacen que cambie la extensión de mi sonrisa. Hacen que cada vez que los ángulos de tus labios superan los 180° descubra una figura nueva, y me encanta. Me encantan tantas cosas de ti. No me importa morir mentalmente un día entero si es contigo. No me importa arrastrarme a tus planes si sigo cerca de ti. No me importa esconderme en mis cristales tintados si sigo viéndote. No me importa cruzar la línea que nos une, pero no lo he hecho.

Hoy, técnicamente hemos dibujado una nueva línea encima de la existente. Una línea con vida propia, con respiraciones de calma y serenidad. Una línea preciosa, brillante en la oscuridad, que aporta luz a mis días y a mis noches. Una línea perfecta. Pero una línea peligrosa, que puede fracturar la base y crear una brecha irreparable. Cómo dijo el epistemólogo Jean Piaget: "El castigo hace que la autonomía de la conciencia sea imposible". Y éste es mi castigo, procurar que esta línea no se rompa, aunque quizás yo sea el único ser que pueda hacerlo. No se

puede ser consciente, ni pensar con claridad. Y ni en mis planos, ni en mis planes, está hacerlo. Balanceos. Sonrisas. Distancias.

Capítulo 9

El deseo

El deseo. Aquél que anhelas y suplicas. Ese que te martiriza y sufres. Tan dentro de ti. Por verlo hecho realidad. Por palparlo. Por verlo escapar, huir. Por verlo regresar, lleno de picardía. Por saborearlo, por hacerle gritar y enmudecer en el mismo minuto. Por contar las pulsaciones cuál metrónomo mecánico. Por mirarlo fijamente y ver que este deseo, tu deseo, está tan cerca como a la vez tan lejos.

Desear es una acción innata en el ser humano. Pretender lograr alcanzar tus objetivos. Aspirar a tener lo que te puede hacer feliz. Apretar tan fuerte los dientes y cerrar tanto los ojos, que duele. Duele. Duelen tus palabras cuando no quieres escucharlas. Duelen tus miradas cuando no sabes qué día volverán a ver tu ser a través de tus ojos. Duelen tus caricias enfundadas en prórrogas de fin de semana. Escuecen tus besos tan dulces cuando se vuelven amargos. Me llenan de vida tus comentarios sin venir a cuento, mientras pausamos nuestro frenesí. Cuando me preguntas y yo me limito a sonreír. Cuando mis labios contestan por mí, o cuando te callan abrumados. Cuando hundes tus uñas en mi espalda y te agarro para que no te vayas. Cuando te das la vuelta, dedicándome tu espalda tan apetecible, y reculas buscando mi tacto. Cuando suspiro, y me preguntas por qué. Cuando te respondo, y te limitas a sonreír. Cuando tus labios contestan por ti, o cuando me callan importunos. Cuanto Perseo, cuanto deseo.

Me pides promesas que no puedo cumplir. Me justificas tus actos con argumentos banales. Te anticipas al tiempo sin medirlo y auguras un futuro extraño. Te planteas situaciones disuasorias para no centrarte en lo importante. Tú. Tu felicidad y tu bienestar. Y el mío. Por qué no soy dueño de mis ilusiones, ni soy partícipe del funcionamiento de tu mente. Pero ahí estaré para recordarte lo bonito de todo esto. Para detener el reloj de arena que agolpa nuestras horas. Para pintar el aura que nos rodea de mil colores vivos. Y es que gracias a ti es como me siento, vivo. Y no me puedes pedir que me resigne a ello. Y me puedes pedir mil besos más. Mil horas más. Mil cruces más. Mil deseos más.

Capítulo 10

La certeza

Seguridad. Templanza. Cuando pienso en certezas me vienen a la mente muchas imágenes. Escenas. Que requieren calma, serenidad y confianza. Piden destreza en la ejecución, sin dejar un palmo sin estudiar. Sin recorrer. Un tiro certero, un disparo en el blanco, un lanzamiento perfecto o un salto en el vacío calculando al milímetro las distancias. Las distancias con el suelo, con el dolor y con la razón. La que me falta.

Pienso en certeza y me vienen desde el corazón un vaivén de emociones. He perdido la razón. Me descolocas con una mirada, tambaleándose los cimientos de mi ser. Me hipnotizas con una sonrisa, esclavo de tus labios rojos como un atardecer de faro. De los que nos gustan. Pierdo el apetito, lo recupero, te muerdo y te como y vuelvo a caer rendido a tus pies. Te busco en la oscuridad del día. Te encuentro siempre pícara esquivando mis venidas. Al final te alcanzo, y te dejas llevar por la fuerza de mis ganas. De tenerte y de acariciarte. Todavía sigo buscando aquello que perdí en el fondo de tus pupilas. Quizás miento, y ya lo he encontrado. Pero cómo dejar de deshacerme en esos ojos tan magos. De abrazarte de imprevisto. De besarte el cuello y ver como se eriza tu piel. Tan suave, tan bella. Como dejar de acariciarte el pelo cuando te duermes en mi pecho. Como no mirarte cuando descansas tan plácidamente. Como no reírme cuando me hablas en sueños, y como no parar de soñar mientras te hablo.

Soñar en una certeza perfecta. Pienso en ella. Confío en ella. Estoy convencido de ello. Aquella que mezcla la templanza necesaria para seguir tus pasos, y la que me sacude cada dos por tres. La que transmite seguridad en los momentos de duda, y la que me hace disfrutar cada segundo a tu lado. La que serena mis impulsos, y la que me empuja a tus labios. La que calma mis ilusiones, y la que me lanza a cometerlos. Y yo dispuesto a ello. La que vence los miedos del pensamiento. La que no teme al futuro. La que ríe en presente y sonrío por ti. Por tú. Por todo tú.

Capítulo 11

El tiempo

Seis letras. Seis espacios en la ambigüedad. Seis intangibles incontrolables. Es deseado, es voraz y es criminal. Es precioso, es silencioso y minucioso. Es frenético, es impasible y es retorcido. No perdona. A veces sí. Pasan los minutos, las horas y los días. Avanza, y tú decides el ritmo. Por qué es tuyo. Puedes aprovechar lo que te brinda, o desechar aquello que no te revuelve. Seis grafemas componen el mayor secreto de la historia. Seis.

Hace tiempo que quería pensar en el tiempo y escribir sobre él. Cuando meditaba acerca de ello, inevitablemente me arrastraba al pasado. La melancolía es un sentimiento tan poderoso que nos devuelve a épocas vividas, para recordarnos momentos de todo tipo. Para marcarte en rojo los errores cometidos. Para marcarte en verde los éxitos y logros. Y para marcarte en el color que más te guste, todo aquello que merece la pena recordar y que al hacerlo, nos arranque nuestra mejor sonrisa. Muchas veces queremos detenernos. Frenar el paso del tiempo. Controlar la bestia más salvaje del mundo. Pero no podemos. No espera. Se va. Contigo o sin ti. Por ese motivo, hoy, prefiero mirar hacia adelante. El reloj es la mayor mentira de nuestras memorias, porque cada vez que lo miras marca una cosa distinta. No se recupera, se gana. No se duerme en el pasado, se vive el presente. No se respira los aires de antaño, se come las bocanadas de la brisa del porvenir. No podemos adivinar que nos depara el futuro, pero podemos surcar las olas que nos presenta el tiempo. Vivir el momento. El nuestro.

Hace tiempo que ya no pienso en el tiempo y ya no escribo sobre él. Ya no me controla. Ya no me retiene. Ya no me cautiva. Por qué lo haces tú. Vivo en una espiral de felicidad suspendida en el aire. No me importa el paso de las horas ni de los días, porque haces que no existan. Has cambiado las reglas del cuento. Aceleras y detienes mis pulsaciones solo con mirarme. Enciendes y apagas mis impulsos con un gesto. Alzas y me elevas, a lo más alto, con un beso. Y no me dejas caer, cuando el tiempo sí lo hizo. Y no me dejas cerrar los ojos, por miedo a perderme tus labios. Y no me dejas darte la espalda, por qué soy yo quién te abraza a ti. Por qué soy yo quién te ríe a ti, y soy yo quién te muerde a ti. Tus dedos inquietos buscando separarse de mis manos. Tu respiración acelerada en mi cuello. Tus pies buscando los míos debajo de un exquisito Verdejo presidiendo la mesa. Tus indicaciones tan imprecisas y mis sonrisas inequívocas. De que todo tú me llena. Y no me sacio. Por mucho que pase tiempo a tu lado, por tantas horas invertidas en llenarte de paz. En llenarte de pasión. Pierdo la noción del tiempo cuando templas mis arrebatos con tu silencio. Ensordecedor. Devastador. Quién me desarma

pero no hace daño. Hace cariño. Hace bonito.

Ha pasado poco tiempo y sigo sin verte. Tanto tiempo viéndote amanecer, viéndote atardecer, cubriéndote con mi calor y besándote la espalda. Ahuyentando el frío. El que padezco ahora mismo. Tanto tiempo sintiéndote tan cerca, y ahora tan lejos. Sigo sin verte. Sigo sorprendiéndome cuando pienso en el tiempo que he pasado contigo. Sigo sorprendiéndome cuando pienso en el tiempo que quiero vivir contigo. Sigo buscando debajo de la almohada tus dulces sueños y tus palabras alocadas. Sigo resistiéndome. Sigo riéndome. Del tiempo que queda. Para todo. Sigo contando las horas que me faltan por verte, por qué sigo sin verte. Mis días de 22 horas, por qué 6 son las letras del tiempo. El nuestro.

Capítulo 12

Quizás, y solo quizás

Quizás, y solo quizás. Quizás solo me apetecía andar y andar. Dejarme vencer por las ganas de desaparecer. De esfumarme. Sin rumbo. Sin fin. Sin saber cuándo parar. Detenerme. Sin pensar en nada. Observando la naturaleza que baña de paz el entorno que me rodea. Escuchando el susurro del viento mecer las flores de la recién inaugurada primavera. Tumbarme en el regazo de la roca mas escondida. Recóndita. Mirar al cielo, e imaginarme mil rencores con forma de nube. Quizás me guste estar solo. Y solo quizás, me acordaba de mí.

Quizás, y solo quizás, me apetecía correr y correr. Dejarme llevar por las ganas de luchar. De disfrutar. Sin miramientos. Sin vergüenzas. Sin saber qué tenía el futuro preparado para mí. Titubear. Sin pensar en nada. Observando aquél precioso lago bañado por la luz tenue del amanecer. Sintiendo el calor que abrasaba mis primeros días de verano. Tumbarme en el mojado césped de las mañanas, donde el rocío del alba ya había hecho mella. Descarada. Mirar al cielo, e imaginarme mil aventuras con forma de nube. Quizás me guste estar solo, quizás. Y solo quizás, me acordaba de ti.

Quizás, y solo quizás, me apetece parar y parar. Dejarme llevar por las ganas de comerte. De morderte. Sin prisas. Sin preguntas. Sin saber cuándo dejar de hacerlo. Mirarte. Pensando en ti. Observando tu sonrisa pícara bañando mis tentaciones de tenerte. Guardando cada uno de tus mágicos besos de otoño. Tumbarme en ti, sobre la fina arena blanca que tanto te gusta, mientras ahuyentas mi duermevela. Sucumbido. Mirar al cielo, e imaginarme mil pasiones con forma de nube. Quizás me guste estar solo. Quizás ya no. Y solo quizás, me acuerdo de ti.

Quizás, y solo quizás, me apetecerá volar y volar. Dejarme llevar por las ganas de hacerte mía, de hacerte nuestra. De ilusionarte. Sin miedos. Sin impedimentos. Sin saber que nada nos podrá detener. Esperanzándome. Pensando en nosotros. Observando tu carita de ángel yaciendo a mi lado. Encendiendo la chimenea de una casita en la montaña para dar la bienvenida a tu friolero invierno. Tumbándote en mí, en mi pecho, sintiendo como se duerme lentamente el trasto más bonito del mundo. Inmerso. Mirar al cielo, e imaginarme mil sueños con forma de nube. Quizás me guste estar solo. Quizás no. Quizás me guste estar contigo. Y solo quizás, me acordaré de ti.

Capítulo 13

Diario de Hotel

Alarma. 4.45am. ¿Cuántas veces me has dicho que cambie el tono del despertador? Sonrío. Busco entre un mar de legañas el clic de "detener". Me dejo caer bocarriba, mirando el techo. Suspiro, cerrando los ojos sin querer pensar en el hoy. Me desplazo hacia la izquierda, esperando encontrar el abrazo de todas las mañanas, buscando hundir mis primeros minutos de lunes en mi hueco entre tu cuello y tu pecho. Siento las cosquillas de tu pelo enrubiado en mi torso. Pero abro los ojos, y no estás. De hecho, hace dos largos días que no estás, y quedan otros tres días que tampoco lo estarás. Aunque yo siempre esté contigo. No te rías. Gírate.

Me levanto tembloroso. No sé por qué me sorprende que todavía el mundo esté oscuro. Esta vez, entro primero en la ducha. Nunca pensé que echaría de menos ducharme aprisionado por tu presencia. Ni recoger tus cosas decorando de manera improvisada el baño. Ni besarte la espalda mientras te secas el pelo. Ni robarle 5' al reloj sabiendo que llegamos tarde. Miento. Sí lo pensé, y hoy se confirma. Cierro la maleta sabiendo que algo caerá en el olvido, y que te reirás cuando te diga lo que me he dejado, diciéndome que soy un desastre. Parto hacia la estación de tren. Antes de entrar en el coche 6, y sentarme en la plaza 28P, tomo mi café americano con hielo. Resumo el viaje en una pequeña siesta mañanera, un par de Sudokus bien resueltos y en redactar unas cuantas líneas del primer párrafo. Llego a Atocha, y sonrío pensando en el cabreo que cogerías si estuvieses aquí. ¡Qué frío! No siento los dedos de las manos, ni tengo las tuyas para calentármelas. Después de 22 paradas de metro, y 10' andando, llego al hotel. Curiosamente, y dadas las circunstancias de la habitación, siento ganas de escribir. Un espacio tan distinto a mis preferencias. Un habitáculo tan dispar a mis realidades. Dejo la maleta y me dispongo a embarcarme en el velero que navegará hacia mi nueva perspectiva, a conocer mi nuevo día a día. Simplemente ilusionante.

Qué día... Mi nivel de cansancio supera con creces cualquier otra experiencia reciente. Son las 11.53pm. Diviso las esquinas que me rodean a duras penas, gracias a la luz que irradia la televisión en silencio y la propia pantalla del ordenador. Sentado en una silla que ha vivido por mejores épocas. Paredes cuyo color brilla por su ausencia. Una mesa carcomida por el paso del tiempo. Curiosamente, por primera vez desde que he entrado por la puerta de la planta número 10 de una de las Torres más altas de Madrid, siento la tranquilidad y el sosiego en mí. Aprendizaje. Y es en este momento, incluso después de escuchar tu voz, cuando vuelvo a pensar en ti. Cuando siento la necesidad de contarte tantas cosas, de seguir, precisamente, aprendiendo. A tu lado. Me encantaría citarte todas las cosas que echo de menos, la mayoría incomprensibles. Pero prefiero contártelo de otra manera. Me apetece

pintarte de mil colores todo aquello de lo que tengo tantas ganas. Tanto desenfreno. Tengo ganas de escaparme contigo a un paraje recóndito en un valle de nombre femenino. Tengo ganas de perderte entre las blancas sábanas de una cama inacabable. Tengo ganas de sentarme a contemplar nuestro reflejo en un precioso lago. Tengo ganas de leerte la carta de vinos y descartar los "Rueda", y acabar pidiendo uno. Tengo ganas de sentir el petricor junto a ti. Tengo ganas de acurrucarme en el asiento de un tren de montaña, y que me quites el brazo porque quién se acomoda eres tú. Tengo ganas de que me persigas por espacios pequeños, de que me digas que no quieres nada de mí, y morderte los morritos que te salen. De que me atrapes entre tus piernas haciendo pinza, de que me hagas tratamientos de belleza facial aunque oponga una firme resistencia o de que me beses. Tan simple. Tengo ganas de que me beses como solo tú sabes hacer. Tengo ganas de que claves tu mirada acendrada en mi retina. Que me hables con tus caricias, y me calles con tus labios. Que me recuerdes todo lo bonito de ti, que me hagas bromas de mal gusto y que me lo critiques todo. Tengo ganas de lamerte las intenciones, de mimar tus imperfecciones y de encontrar tus descuidos. De sentir tu fuego. De quitarte el frío. De hacerte volar. Dé, todo. Toda tú.

Ya te has ido a dormir y no consigo hacerlo yo. Mañana me espera otro día duro e intenso. Igual de ilusionante que el anterior. Me parece irreal que estés sin estar. Que me hagas olvidar donde me encuentro para tratar de descansar mejor. Que consigas cambiar mi estado de ánimo con un paso, con un gesto, con una sonrisa o con un beso. Y asusta, no te engañaré. No más que la oscuridad de este cuarto, pero lo suficiente como para detenerte a pensarlo. Por eso cuando te digo que siempre estoy contigo, lo digo de verdad. Adquiere sentido. El sentido que no tiene lo que haces por mí. Sin que lo sepas, además. Empiezo a notar el sueño deslizándose por mis párpados, haciéndolos caer en un reposo momentáneo. Pero abro los ojos. Ya no veo nada. Los cierro de nuevo. Mente en blanco. Recuerdos. En La Cárcava no hacen croquetas, ¿o sí?...; Alarma. 8am. ¿Cuántas veces me has dicho que cambie el tono del despertador? Sonrío. No me sueltes. Te neheíto.

Capítulo 14

Mientras duermes

No te veo. Curiosamente, hoy me has dado la espalda. No estoy acostumbrado a ver tu pelo color dorado bañándote los hombros escondidos en lo profundo de las sábanas. La verdad es que prefiero verte. Aunque no me mires, porque duermes plácidamente. Nunca antes había sentido tanta magia envolviendo una situación tan común. No puedo evitar sonreír cuando intentas agarrarte a mí como un koala a su eucalipto. Cuando te conviertes en un peso muerto en mi pecho. Cuando no me dejas soltarte. Cuando me obligas a abrazarte toda la noche. Y yo feliz, por qué no decirlo. Quiero ser el guardián de tus sueños. Quiero que no tengas frío. Quiero no despertarte cada vez que lo hago yo, pero me gusta hacerlo porque al hacerlo tú, me ayudas a descansar de nuevo. Quiero escuchar los ruiditos que anuncian tu melosa retirada. Los balbuceos imperceptibles. Las ganas de comerte a besos, y no hacerlo por no despertarte. Prefiero verte. Ver tu dulzura, tu disfraz de ángel que esconde lo trasto que eres en realidad. Amar tu silencio, sentir tu paz y encogerme cada vez que te siento respirar. Desearlo todo contigo.

Pero hoy me has dado la espalda. Y yo no puedo dormir. Recuerdo que me has comentado que has tenido un mal día. Yo también lo he tenido porque cuando tus días sufren estragos, también lo hacen los míos. Estoy conectado a ti. Es indudable. Y asusta, no mentiré. Nunca antes había estado tan vinculado con una mente y un cuerpo a la vez. Siento tus emociones muy a flor de piel. Y hoy te he sentido lejos, triste y enfadada. Tengo que confesar que me llenas de vida cuando te enrabietas. Despiertas en mí unas voraces ganas de comerte los morritos que te salen, de morderte el cuello y decirte eres un desastrito. Pero hoy no lo he sentido. Hoy, y teniéndote lejos, he sentido que quería estar a tu lado. Sin más. Abrazarte y transmitirte lo que tanto nos gusta entregarnos. Pasión y desenfreno más amor y sentimiento. Decirte que todo saldrá bien, que es una mala racha y que nada tiene que hacerte perder la sonrisa tan bonita que tienes. Mientras lo pienso, te miro, mientras duermes. Sé que me dirías que no necesitas escuchar esto, pero yo te lo diría igual. Me encantaría poder hacerte siempre reír. Desearía que sintieses siempre que estoy ahí para ti. Y aunque yo quiero que así sea más que tú, no puede ser así.

Me incorporo postrando mi espalda en el cabezal de la cama. Ni te has movido. Miro la hora y no veo la hora de volverme a dormir. El frío recorre mi cuerpo y estremece mis piernas, que desean volver a estar cubiertas por las candentes sábanas de coralina. Tarde. Enfilo el pasillo buscando la luz de la cocina. Abro la nevera, cojo la botella de agua y me sirvo un vaso. Y otro. En otra época ya hubiese encendido el cigarrillo brindado por mi insomnio, pero ya no es el caso. Me siento en el sofá. Suspiro. Hoy ha

sido un día intenso. Solo de pensarlo, me entra mal cuerpo. Cubro mi cuerpo con la manta que huele a ti. Estoy contento porque me has dicho que a pesar de haber tenido un mal día, he conseguido hacértelo olvidar con mi presencia. Con mis miradas. Con mis besos. Con mis ganas de hacerte sentir bien. Pero me has dado la espalda, y sé que no estás durmiendo bien. Yo tampoco. ¿Pero sabes qué? Acabo de meterme en la cama otra vez. Acabo de abrazarme a ti lo más fuerte posible. Acabo de despertarte. Lo siento. Pero he recordado que estabas en nuestra cama, sola. Y nunca lo permitiría.

Te veo. Había olvidado por un momento lo que es verte dormir. Lo que es tener tus labios a 28mm de los míos. Sentir tu aliento erizando mi cuello. Cosquilleándome la nariz con tu pelo de amanecer. Jugar con tus dedos entre los míos. Nada ni nadie hará que me pierda más veces esto. Nunca más voy a levantarme de la cama antes que tú. Aunque lleguemos tarde. Aunque no quepamos en la ducha. Porque nada requiere más atención que llenar de luz tus noches oscuras. Quiero apoyarte en todas las decisiones que tomes porque me has demostrado que crees en mí de la misma manera que yo creo en ti. Sé y lo sostengo firmemente, que tomarás las mejores decisiones pensando en tu propio bien, y también el mío. Porque de la misma manera que quiero estar para ti, sé que tú lo estás para mí. Porque mi máxima preocupación es verte sonreír. Por muy lejos que esté de ti. Por mucho que me fastidie. Porque no hay prisa, nunca la he tenido contigo. Porque nada me hará dejar de seguirte. Dónde me quieras llevar. Porque sin hablarnos nos lo decimos todo. Porque vives en mi mente y yo en la tuya. Porque no puedo dejar de mirarte mientras duermes. Porque no puedo dejar de quererte ni un solo instante. Porque no puedo imaginarme mis próximos tiempos sin ti. Porque no. Cierro los ojos. Sonrío. Porque sí.

Capítulo 15

Sonríete

Sonríete. Sí, tan sencillo. Hazlo. No es difícil. Quizás estés pensando que por qué, a qué se debe algo tan ordinario. Tan lógico. Tan natural. Pues no lo es. Puede ser que hayas tenido un amago de hacerlo, pero no te has atrevido porque te sientes un poco ridícula. Pero tus labios han esbozado una breve sonrisa. Termínala. Acábala. Acércate a un espejo, mírate y sonríete. Fácil, ¿verdad? No has necesitado un motivo para ello. Vives en una era sumergida en un mar de saturaciones constantes.

Sobreinformación, cientos de estímulos diarios que recibes sin filtro, tantas emociones que gestionas como puedes. Todo ello te abruma, sin darte cuenta. Te desgasta, te agota y te entristece. Sin avisar. Sin reparos.

Piénsalo. Mientras sigues frente al espejo, ¿qué ves? ¿Cuánto tiempo hacía que no te detenías delante de ti? Los días corren más que tú. El tiempo se ha convertido en un intangible inalcanzable. Regálate cinco minutos de introspección. Cuando realizas este ejercicio, tu mente tiende a invadirte con sensaciones negativas, las cuales le restas importancia. Son sentimientos cotidianos. ¿Pero por qué? Deberían preocuparte, pero no lo hacen, porque los tienes interiorizados. Te hacen mella de manera silenciosa. Pero esta vez, trata de nadar a contracorriente. Vuelve a mirarte, a los ojos. Dentro de ti. Olvida durante unos minutos aquello que te produce malestar. Fíjate en todo aquello que te hace sentir beatitud. ¿Recuerdas? Un día decidiste que querías ser feliz.

Destápalo. No huyas de lo que estás sintiendo. Ya no lo hago. ¿Te da miedo ser feliz? Encierra los fantasmas del pasado y abraza aquello que te estremece de verdad. Las buenas vibraciones, las canciones de amor, los besos furtivos que te remueven por dentro. Las promesas bonitas y las verdades del presente. Déjate llevar por quién te quiere y trata de demostrarlo. Y te lo recuerda. Y te lo anuncia en rótulos enormes de neón, o te lo escribe en un papel dentro del desayuno que te prepara con esmero. Olvídate de lo que fue y céntrate en lo que será. Permite que se enamoren de ti y concédete el placer de hacerlo tú. Enamórate de quien te mira como siempre has deseado. Deléitate con el sabor de un bombón enterrado en el trasfondo de un bonito gesto. De una bonita acción. Regocígate en el tacto de quién no puede dormir sin ti. De quién quiere compartir sus días contigo. De quién te hace partícipe de sus éxitos y sus fracasos. De quién encuentra su satisfacción en la tuya. De quién te eriza la piel en verano y caldea tus ganas en invierno. Avívate. Aventúrate a desafiar al mundo entero con tu sonrisa por bandera. Agradece y acepta a quién quiere ayudarte, de verdad. Recuéstate en su pecho y escucha latir su corazón, quizás lo haga por ti. Y no hay nada más sincero que un corazón latiendo por ti.

Siéntelo. Como yo lo hago. Que no te asuste hablar sin voz. Pensar lo mismo. La conexión que nunca pensaste que tendrías. No trates de buscar explicación alguna. No malgastes el tiempo en buscar respuestas e inviértelo en crear nuevas preguntas. Pierde la cabeza por quién te hace temblar, de pasión. Percibe el frío de la Costa Brava entibiarse con el fuego de tu mirada en diciembre. El silencio de la montaña irrumpido por el bullicio de tus labios juguetones. La alegría que traes a un pueblo medieval sucumbido a un mítico domingo por la tarde. A las mareas que provocas en un balneario natural y tranquilo. Siente el aroma a uva que desprenden los viñedos que te envuelven. Persigue el rastro de las notas que te encuentras a tu paso mientras descubres un campo de tulipanes rojos camino a Ámsterdam. Desnúdate mientras anhelas la certeza de que nunca se acabe lo que sientes. Porque por fin lo estás sintiendo. Pero lo más importante es palparlo. Existe. Está aquí. Delante de ti. No más misterios, no más dudas. Atrévete a ser feliz.

Capítulo 16

Más de mes y medio

Y sigo aquí. Y seguimos aquí, todos. En nuestras camas, en nuestros sofás, en nuestras cocinas y nuestros comedores. En nuestras casas, contemplándolas como nunca antes lo habíamos hecho. Descubriendo rincones que no recordábamos que existían, redecorando nuestras rutinarias vistas o adaptando los habitáculos según las necesidades de cada uno. Nos encerramos con lo puesto, sin posible previsión. Si no fuese por las escapadas al supermercado ataviados con atuendos de cirujano, los largos paseos para lanzar la basura al contenedor más lejano dentro del área que nuestra conciencia civil nos permite o los simples rayos de sol que abrazamos desde el balcón como a las sábanas de franela en invierno, pensaría que estamos reclusos en una prisión casera sin fecha de salida. Una pandemia de origen desconocido (o eso nos hacen pensar) nos ha privado de la tan preciada libertad. Aquella que ahora añoramos más que nunca. Aquella, que como todo en la vida, valoramos cuando no la tenemos. ¿Y ahora, que nos acordamos de todas las excusas que inventamos para evitar pisar la calle? ¿Qué cara se nos queda? La mía, sin lugar a dudas, de fastidio irremediable.

Qué fastidio. Qué desesperación. Qué agotamiento. Nadie podía vaticinar tal situación en tal época. Recién estrenada década. Muchos propósitos de año nuevo seguían siendo eso, propósitos. Y en eso se van a quedar. Por qué querer ya no es poder. Pero lo que más me reconforta es que ahora puedes aunque no quieras. Y el poder, se convierte en obligación. Qué contento me siento pensando en todas las personas que tienen la oportunidad de trabajar en sí mismas. En su ser. En deconstruirse. En reordenar prioridades. En descubrir qué les hace feliz. Poder sembrar ahora para recoger unos frutos bien dulces después. En cambiar tantas cosas y tantos deseos. En fijar nuevas metas con nuevos objetivos. En elegir quién forma parte de nuestra vida y quién no. En marcar qué sobra y qué falta. En vislumbrar quién queremos ser y qué queremos corregir. Pero no todos están solos. Aquellas personas que se han encontrado en una convivencia no buscada ni planeada pueden renacer dos veces. Pueden jactarse del pasado para reconstruir su relación de amistad, de pareja o de familia. Perder el miedo a avanzar. A convivir. A madurar. A crecer. A aprender. A humanizarse. A resolver. A discutir. A perdonar. A querer. A abrazar. A persistir.

Es una situación límite que huye de nuestra zona de confort. La calma y la serenidad abrumba nuestras entrañas extendiéndose por todo el cuerpo. Quizás sea aburrimiento. Quizás no. No miro la hora del reloj por que no importa. Es un día más. O un día menos. Más de mes y medio. Alcanzo el sofá que ya muestra la silueta de mi cuerpo postrado en los últimos 90 días. Mi mente se volatiliza como la esperanza de poner fin a esta

situación. Me tambaleo . Cierro los ojos buscando el equilibrio. Todo vuelve a su sitio. Abro los ojos. Una tenue luz dorada impacta directamente contra mi pupila. Diviso la silueta de una mujer sentada en una silla de oficina. ¿En qué momento había llegado? Desconcertado, sonrío. ¿Cuánto tiempo he dormido? Mis pensamientos oníricos siguen visibles en mi mente. Se procesaban muchas situaciones idílicas en breves espacios de tiempo. Entre dos y ocho segundos por escena. Un mar de agua cristalina. Arena blanca cubría los dedos de mis pies. Una ruta de montaña liderada por un silencio plausible. Un precioso lago enorme adormilado en un frío domingo de otoño. El agua tenue de un balneario natural cobijando mi torso. El sabor indescriptible de un uramaki trabajado de la manera más minuciosa posible. El viento impactaba mi mañana de frente disparando mi adrenalina en una montaña rusa. Un paseo de montaña encharcaba mis pies por error, despertando dulces carcajadas delante de mí. Un pueblecito medieval despertaba de su largo letargo mientras una poderosa guerrera lanzaba rayos dorados por todas partes a su firme paso. Un desayuno mediterráneo en un viñedo abocado. Una visita por la locura del pintor mas extravagante del siglo XX. Una cálida mirada antes de acostarme. Una conversación de 4h era el epicentro de una improvisada velada presidida por el mejor vino tinto de la región. Unos esquís se deslizaban por una montaña nevada mientras sentía el aliento sonriente de un bicho detrás de mí. Una noche en los años 20 en la ciudad castellana más bonita del país. Una hibernación tranquila y sosegada. Un sueño. Un destino.

Más de mes y medio he necesitado para reordenar mi ser. Mi camino. Mis andares, siempre firmes. No más tambaleos. No más dudas. La seriedad en el rostro afrontando el mañana. Más de mes y medio para desear lo que tengo más, todavía. Quiero más. Y más y más. Quiero seguir preguntando dudas que me resuelves con cara atónita, otorgándole incredulidad. Quiero seguir aprendiendo recetas nuevas y sorprenderte con mis artes culinarias de novato de primerísimo año. Quiero seguir leyendo tus libros, y tu cuerpo. Línea a línea. Palpar el contorno con la yema de los dedos. Repasar el torso para mentalizarme de su envergadura. Recorrer la tinta impresa de tan bella manera. Arrancar los puntos y finales para convertir en interminable aquello que tiene fin. Por que sí. Por que los libros acaban en la última página. Por que los "para siempre" también. Pero lo único que tiene fecha de caducidad son los barrotes que nos impiden hacer vida normal desde hace más de mes y medio. Mes y medio más es un regalo si es contigo. No nos quitarán las risas y las sonrisas. Los besos y los enfados. Los enfados y los abrazos. Los abrazos y los apoyos incondicionales en tiempos de guerra. Mi guerrera. Más de mes y medio y los que quedan. Libertad. Toda tú.

Capítulo 17

El sentido

Nada tiene sentido. Pasan las horas, los días y las semanas y te das cuenta de que nada tiene sentido. Sigues sumando experiencias a los capítulos del libro de la vida. Sigues rellenando páginas de tu diario. Sigues completando entradas como si tuvieses que entregar el volumen al final del día. Pero ya nada tiene sentido. Leí una vez que el sentido de las cosas es el que tú quieras darle. Y ese es el problema. ¿Qué sentido le doy a lo que está pasando? ¿Qué sentido le doy a lo que estoy sintiendo? Siento demasiado haber llegado a esta situación. Y todavía no me lo perdono.

Llegó la hora de volver a parar el tiempo. De detenernos en el frenesí del camino. De volver a contar las baldosas que hemos recorrido, saltado y rodeado. De echar la mirada atrás y buscar el núcleo del conflicto. Del hecho que lo cambió todo. De verificar los pasos que he dado seguro de mí mismo. De los cuales ya dudo. De los cuales, al recorrerlos, ya titubeo. De los que ya no sé cuáles son acertados y cuáles no.

La calma es tangible, el silencio molesto y la oscuridad ilumina mi visión. De lo único que estoy convencido es de que estoy aquí y ahora, pero no estás. Estoy postrado delante del mar y es la primera vez en mucho tiempo que armonizo con el sonido de las olas, yo solo. Es la primera vez que siento el frío tacto de la arena trasnochada. Es la primera vez, y siento que lo será por mucho tiempo más, que mi toalla solo envuelve mi cuerpo. Y me lo merezco. Merezco no entenderme. Merezco no encontrarle sentido a mi presente. Merezco estar desesperado por no controlar las riendas de mis sentimientos. Soy culpable de estar así. Y mi penitencia es sufrir en silencio. Sentir en silencio.

Ya no hay vuelta atrás. Prefiero quedarme a dormir aquí. Al menos, e imaginándome el horizonte sin poder verlo, siento que las posibilidades son infinitas. Pero no nos engañemos; volveré a mi diario, escupiendo certezas en la rutina y ofreciéndome efímeros halos de luz proyectados por la poca esperanza que me queda. La vida sigue para todos y no se detiene por nadie. Y la vida ha elegido castigarme por mis decisiones. Por suerte, este estado de locura permanente, me permite seguir sonriendo cuando lo requiere y retorcerme en la soledad de mi habitación cuando nadie me ve. Me ofrece no ver lo que puede provocar más dolor. Me tienta a seguir imaginando un futuro irreal. Un futuro utópico inapropiado a estas alturas del cuento, egoísta y sinsentido. Porque lo tenías todo y lo echaste a perder. No has ayudado a recoger los pedacitos de cristal que has quebrantado. Y ahora que vuelve a brillar por sí misma quieres relucir

a su lado. No tiene sentido.

El sentido de las cosas es el que tú quieras darle. Siento que debe ser así. Siento que la pendiente que se avecina será muy complicada de ascender. Siento que soy feliz si te veo sonreír, aunque no sea el motivo de tu alegría. Siento que seguiré el cumplimiento de tus hitos desde las sombras. Siento que tu reflejo de superación orientará al mío. A pesar de todo y no es poco, siento que quiero reírme, bailar y disfrutar contigo. Solo siento las cosas buenas y no las malas. Siento que sin ti no puedo. Siento que no te has ido. Siento que te echo de menos. Lo siento.

Capítulo 18

El tren

Fluir. Reflexionar. Dejarse llevar. Reprimir. Arriesgar. Frenar. Pensar en mí. Pensar en ti. Llevaba mucho tiempo con el corazón desconectado. Llevaba mucho tiempo con la cabeza conectada a un generador que se prendía por sobrecargas inesperadas. Al final, y después de tantos arrebatos energéticos, se quemó, y mi cabeza quedó inoperante. Mi corazón en blanco y negro no me permitía sentir y mi cabeza inservible tomó las riendas de la situación sin ningún sentido aparente. Aunque la situación era límite y había que tomar decisiones, la cabeza lideró una cruzada contra mi presente. Y siempre hago lo mismo. Bloqueo mis sentimientos para escapar lo antes posible del abismo de mi corazón. Y con el corazón inerte, sin poder reaccionar o luchar contra ello. Mi cabeza me ha hundido la vida y mi corazón no ha hecho nada para evitarlo. ¿Cabeza o corazón? E ahí mi reflexión.

Desde adolescente realizo ejercicios de introspección semanales para no perder el norte. La vida es tan trepidante, veloz y con tantos estímulos externos diarios que lo más sencillo es olvidar quién somos, qué nos gusta, por qué luchamos y hacia donde nos estamos esforzándonos para llegar. Y una de los conceptos que más utilizaba era "el de frenar en seco, observar mi alrededor, mirarme el ombligo y trazar las líneas de relación entre todo lo que me rodea". Cazar mi yo total con mi entorno. Encontrarle un sentido emocional a lo que estaba haciendo. Por ello, cuando detectaba que algo estaba fuera de sitio, lo reajustaba para volver al camino correcto. Otra frase que decía mucho era "la de palpar el abismo para darte cuenta de la verdad que no puedes ver". Cuando el primer ejercicio no lo realizamos correctamente o seguidamente, corremos el riesgo de corrompernos. Al perder el hilo de tu camino, de tu lógica y de tus emociones, nos arriesgamos a desconectar el corazón, y por ende, a sobrecargar la cabeza con miles de estímulos desproporcionados que ni vemos venir. Y aquí es donde empiezas a cometer errores, uno tras otro, hasta que caes en tal oscuridad que ni siquiera puedes vislumbrar los barrotes de la cárcel del abismo.

Llevaba meses sin introspeccionarme. Llevaba meses actuando por inercia, con pequeños atisbos de cariño y sonrisas sinceras. Sabía que tenía que estar ahí, pero no lo sentía de igual manera. La realidad era otra y mi afán por evolucionar se comió la responsabilidad afectiva. Bloqueé las vías del tren, lo descarrilé y hui del lugar de los hechos en menos de una semana. No era responsable de lo qué y a quién dejaba atrás. Para nada. Pensaba que era consciente y consecuente con la situación. Creía que no podía volver a atender los daños del vagón porque no debía volver a circular. Llevaba ya mucho tiempo circulando sin rumbo. Ese tren tenía que parar. Y es ahora, después de tres meses, que me doy cuenta de mis

decisiones tan desafortunadas que tomé. Mi cabeza olvidó todo lo bonito que habíamos construido juntos, todos los momentos felices que tuvimos e incluso lo enamorado que estuve de ese tren. Mi cabeza, en su cruzada contra todo aquello que podía dañarme, siempre actuó de la mejor manera que supo hacerlo. Mi corazón apagado no le pudo revertir ninguna decisión. Pero los malos nunca se salen con la suya. Nunca. Y siempre acaban sufriendo.

Después de unas semanas movidas, manteniendo la frialdad en mi mirada y en mis pensamientos, llegó la calma. Llegó la inactividad y con ella volvió la serenidad. Una noche cualquiera, mis ojos le arrojaron una lanza electrificada a mi corazón. Este, inmóvil desde hacía dos meses, despertó. Fue tal la punzada que le devolvió el regalo a mis ojos en forma de lágrimas. ¿Estaba llorando? ¿Por qué? Esbocé una sonrisa que sabía a tristeza, pero era una sonrisa. ¿Volvía a sentir? Hacía muchos meses que me había percatado que ya no me afectaban como antes los problemas de mi entorno querido cercano. Muchos meses donde mi empatía había salido de viaje sin billete de vuelta. Muchos meses donde los consejos me los guardaba para mí. Muchos meses, muchos, donde lo único que importaban eran mis egoístas sentimientos y mis exigencias emocionales. Volvía a sentir. Volvía a sentir esa vibración en el pecho cuando algo te afecta. Rápidamente, mi corazón recién despertado, le envió los estímulos al imaginario de mi cabeza. Esta, perpleja porque ya no iba a gobernar en solitario, empezó a activar millones de posibilidades respecto a los estímulos. A cuál peor. Caí en picado por el barranco del accidentado tren. Día tras día caía más y más. Y lo más preocupante es que no visualizaba el final. Durante el viaje a la más oscuridad remota, me invadieron varios sentimientos más. Soledad, arrepentimiento, frustración, dolor emocional, desesperación. Empiezas poco a poco a darte cuenta de lo que has hecho, del daño que has hecho a lo que más has querido en toda tu vida. Empiezas a cerciorarte de la que has liado. En todos los aspectos. Tu corazón le gana la partida a tu cabeza por unos días, donde te abrumba con la fuerza de los sentimientos y emociones. En este proceso, la muralla construida por tu cabeza, empieza a resquebrajarse hasta que cae demolida por completo. Ya no hay escudo que te proteja de la desnudez de tu alma. Estás tú contra tus demonios. Y os prometo que nunca podemos ganar una lucha contra nuestros propios demonios. Son traicioneros, te recuerdan constantemente lo que has hecho y la penitencia que mereces padecer. No perdonan, y te recuerdan diariamente el pedazo de trozo de mierda que has sido durante este tiempo. Porque tú has perdido, pero ellos también. Y odian perder.

¿Corazón o cabeza? ¿Fluir o frenar? ¿Pensar en mí o pensar en ti? Ahí está la cuestión. En todo este tiempo que he titubeado con las sombras del infierno, el bonito tren, ha resurgido de su laberinto de hierros y ha reaparecido en su máxima plenitud. Ha vuelto más imperial que nunca. Y por supuesto que deseo con toda mi alma subirme de nuevo. Pero no puedo. Dejé escapar ese tren y un segundo viaje es inimaginable. Si me

dejo llevar y fluyo con mis sentimientos, corro el riesgo de volver a herir a un tren que ahora brilla por sí solo, y eso sí que no me lo perdonaría jamás. Por lo tanto, como de costumbre, la cabeza le gana la partida al corazón. Y una vez tomada la decisión de reprimir mis deseos, aceptar la derrota y empezar a ser consecuente con mis decisiones, empieza un nuevo camino arduo, complicado y tembloroso. Un nuevo camino donde el horizonte tiende a nublarse, invadido por pensamientos negativos y desesperantes. Dónde se apoderan de mi mente las certezas que ya no existirán. Ni los viajes, ni las cenas en sitios exóticos, ni las risas endiabladas, ni los planes de futuro, ni la pasión desenfrenada, ni los paseos por la Calle Santiago ni las rutas gastronómicas por la Calle Cascajares hasta la Catedral. ¿Por qué mi corazón no me defiende? ¿Por qué debo sufrir ahora? Sé que merezco la penitencia que entre los dos me han preparado. Pero lo jodido es que mi mente no desanubla el horizonte ni tiene intenciones de hacerlo. Lo complejo es que ya no recuerda las referencias del pasado, aquellas que me condujeron a un final terrible. Solo muestra aquello bonito que ya no está, aquello que te hacía volar sin alas ni propulsión. Aquello que cegaba tu picardía con una simple mirada. Al menos, en mayor o menor distancia, podré ver ese tren seguir recorriendo miles de kilómetros hasta el objetivo de la felicidad. Y dentro de mí, aunque esté muerto en vida, seré feliz cuando lo consiga. Seré feliz al ver que sigue sorteando todos los obstáculos que se encuentre y venciendo los miedos para superarse constantemente. Deseo conformarme con eso. Lo intentaré. Pero, y yo... Cabeza, corazón; ¿Seré feliz?

Capítulo 19

La dulce utopía

Es la primera vez, desde que redacto mis emociones sobre el papel, que no sé por donde empezar. Es la primera vez que en mi mente viajan tantos sentimientos al unísono que ni siquiera soy capaz de ordenarlos. Ya siento la cicatriz, y aun ni he sufrido la herida. He vuelto a tocar el cielo con las yemas de mis dedos, y siento que la caída puede ser apoteósica. Y si todo acaba aquí, en esta dulce utopía, habré vivido la tarde-noche más bonita de mi vida. Mientras se ponía el sol en el horizonte de la playa y tú lo fotografiabas, mis ojos fotografiaban toda tú en la playa sobre el horizonte del sol. Quizás sería la última vez que disfrutaría de tu pelo dorado al son de los últimos rayos de luz del día. Cuando se trata de ti, yo ya no soy objetivo. He dejado atrás todos los fantasmas del pasado y del presente para darme cuenta que eres mi sueño hecho realidad. Lo que siempre soñé. No me suenan mal en ti, las palabras bonitas. Eres la fuente de mi inspiración y no hay suficientes vocablos calificativos para expresar lo que me haces vivir. Y ojalá te acuerdes de mí, cuando llueva y veas mi paraguas. Cuando haga frío y busques mis abrazos cálidos. Cuando estés nerviosa y necesites mis besos silenciosos. Y que todas las canciones, te recuerden a ese moreno tarado. El que perdió la cabeza por ti y la ha vuelto a perder. El que hizo la gran locura de su vida y ahora no sabe qué hacer para volver a estar cuerdo sin ti.

Y ojalá que me mires, y te sientas feliz y enamorada. Que recuperes aquello que un día fuimos. Imparables. Indestructibles. Incondicionales. Como yo al entender, que entre toda esta gente te hubiese elegido otra vez. Otra vez y otra vez. Y otra vez, y otra vez.

Abro la ventana, que me dé un poco el aire a ver si me libero de esta sensación. Respirar el aire endulzado por tu mirada de hoy. He vuelto a ver a pocos milímetros mis ojos favoritos, unos ojos tan magos; capaces de hipnotizarme y derretirme en el fondo de su retina. Aquellos ojos que tanto hice llorar. Aquellos ojos que no necesitan lágrimas para brillar con tanta intensidad. Cómo aterra todo cuando queda totalmente fuera de control. Cuando desconoces qué pasará. Cuando estás dispuesto a entregar tu alma para recuperar tu tesoro máspreciado. Cuando no das con la tecla de rebobinar para enterrar todos los errores del pasado. Los pies en la tierra, tú no te enamoras de cualquiera, me repito y encarcelo el corazón. Los pies en las nubes porque ya no me quiero bajar. Que bien se está ahí arriba. Aunque siga más enamorado que nunca. Aunque haya protegido mi corazón con una jaula de cristal irrompible. Debo saltar. Los pies en la tierra. Sin prisa. Impaciente pero sin prisa. Viviré de la ilusión y el recuerdo de tus besos. Benditos labios. Bendita pasión. Y a cada latido que te fueras, haría que no creyera más en el amor. No puedo remplazar el amor verdadero por otro rostro, mirada o sonrisa. No quiero que nadie

me cuide si no lo haces tú. No deseo compartir mi vida si no es contigo. Toda tú.

Y ojalá que me mires, y te sientas feliz y enamorada. Que recuperes aquello que un día fuimos. Imparables. Indestructibles. Incondicionales. Como yo al entender, que entre toda esta gente te hubiese elegido otra vez. Otra vez y otra vez. Y otra vez, y otra vez.

Sé que no puedo pedirte nada. Sé que no estoy en posición de hacerte cambiar de opinión. Pero te suplico que una vez más, al menos pelea, al menos peléalo. Y si no te quedan fuerzas, ya te las presto yo. Mi voluntad en hacerte feliz sigue inquebrantable. Sigue intacta. Siempre estaré preparado para darte el último aliento cuando no puedas más, cuando roces la rendición. Siempre estaré a tu lado para que el golpe sea menos doloroso. Siempre procuraré que tus labios endiablados perfilen sonrisas y tu mirada ría con ellas. Y al menos no me mientas, si no lo quieres, dímelo. Aunque no esté preparado para escucharlo. Aunque mi vida no tenga sentido durante un tiempo. Aunque nunca más vuelva a pisar una estación de tren. Aunque sea el punto y final a la historia más bonita del mundo. Nuestra historia de dos. Si no te revienta, que vaya a estar hoy, pero mañana no, pero mañana no. Abandonaré esta cruzada para siempre. Entenderé que mis actos fueron imperdonables. Aceptaré la realidad de lo que pudo ser y no fue. Y asumiré las consecuencias de mis actos. Te seguiré de cerca para seguir disfrutando del sonido de tu risa y de tus ocurrencias mágicas. Observaré de lejos aquello que un día fue el motor de mi vida. La sinceridad en estado puro. El amor incondicional.

Pero hay algo irrefutable y es que entre toda esa gente te hubiese elegido otra vez. Otra vez. Y otra vez, y otra vez.

Capítulo 20

La redención

He venido a redimirme. Venía a redimirme. Esa era la intención desde el principio. Ese era el objetivo. Venía a poner fin a esta travesía por un desierto inhóspito, desesperante y desconocido. Un desierto que invita a la paranoia constantemente. Un largo camino lleno de dudas, pesadillas y un imaginario efervescente. Venía a desahuciar mi mente y mis pensamientos. Tenía que salir de aquí renovado. Quería aprovechar mi soledad rodeado de la más silenciosa naturaleza para meditar acerca de mis errores. Para perdonar mi desidia. Para arrancar de mi ser la sensación de maldad que asola mi alma. ¿Cómo he podido destrozar dos vidas en tan poco tiempo? Y la mía ya no importa, porque viviré atado a este sentimiento durante mucho tiempo. Pero la tuya sí, y ya no sé qué hacer para arreglar tantos desperfectos. Ya no sé qué hacer para devolverte las ganas de mí. Ya no sé qué hacer para que vuelvas a confiar en mí. Ya no sé qué hacer.

He venido a redimirme. Venía a redimirme. Me siento culpable de muchos hechos del pasado. Retumban en mi cabeza mil situaciones que ya no las viviríamos igual. Cambiaría muchas otras para que pudieses seguir sonriendo a mi lado. Para que mi vida tuviese el sentido que desea tener. Y sé que podemos lograrlo, aunque la historia no esté de nuestro lado. Pero tú y yo siempre hemos sido diferentes. Tú y yo siempre hemos sido distintos. Hemos superado varias adversidades que nos habían hecho alcanzar cotas muy altas de estima. Habíamos vencido miedos, dudas y trabas en nuestro cuento. Y mi mente lo posiciona ahora. Ahora. Ahora que ya es tarde. Ahora que he quebrantado tu corazón y he expulsado todo el amor incondicional que tenías por mí. Y lo entiendo. Por ello tendré que ser consecuente con mis decisiones. Tendré que aprender a perder. Pincharé el globo de la ilusión para que mi corazón me deje en paz. No quiero seguir torturándome en el desierto de la esperanza. Buscando cada 10' entre las notificaciones de emails diarios, un whatsapp de buenos días, un teams para vernos o un mensaje de buenas noches. No quiero seguir pensando qué estás haciendo o dónde estarás. Si estarás pensando en ello. Si estarás disfrutando de tu vida. Si todavía puedo cargar la lanza y el escudo y luchar por esto. Si debo abandonar esta cruzada y exiliarme de este pensamiento. Si estás cerca o lejos. Si estás conmigo o sin mí.

He venido a redimirme. Venía a redimirme. Y lo haré. Debo empezar a empaquetar mis errores del pasado para guardarlos en un baúl en el desván. Debo empezar a demostrarte que quiero devolverte una flor por cada lágrima que derramaste, y no agachar la cabeza cuando me lo dices. Debo mostrar endereza, fortalecer mis palabras y actos y demostrarte que quiero estar contigo hasta que no haya más donde pelear. Y ahora, aunque me pediste que no me ilusionara, tengo las fuerzas renovadas.

Llevo la sonrisa desde el día aquel. Una tarde maravillosa. Una puesta de sol acorde con el tono de tu piel. Andaba detrás de ti recordando nuestro verano en Menorca, en Mallorca, en Ibiza y en Formentera. Andaba detrás de ti, inmiscuido en mis pensamientos cuando me fijé que querías acercarte a la orilla. Frené y miré mis tenis blancas relucientes. Antes te hubiese esperado en mi zona de confort. Ahora te seguiría al fin del mundo pasando por los terrenos más pantanosos y embarrados posibles. Me puse detrás de ti, con la arena en los zapatos, y no pude evitar sentir el corazón de la foto como mío. Estábamos juntos otra vez en una playa viendo un atardecer. Como a ti te gustaba. Pero ya no era mío. Nos acercamos a picotear algo y estuvimos hablando cerca de tres horas. Era la segunda vez en tres años que hablaste más que yo. No podía dejar de mirarte embobado. No podía dejar de escucharte perplejo. Eras otra persona. No recordaba estas conversaciones tan cultas y completas en el último año. No podía creérmelo. Deseaba ir al coche y coger la toalla que había traído para tumbarnos en la arena y seguir con nuestra conversación. Quedarnos los tres juntos. El mar tú y yo. Pero decidimos finalizar nuestro encuentro hasta nuevo aviso. Cuando ya solamente pensaba en que no te vería en una semana, pasó lo inimaginable. Cuanto tiempo hacía que no sonreía en un beso. Cuanto tiempo hacía que no sentía la pasión que nos une. El fuego que desprendemos juntos. Solo quería que no me vieses mis lágrimas caer en ese momento. Pero me devolviste las ganas de luchar por lo que más deseo en este mundo. Aunque el desierto imaginario sigue ahí, me devolviste la esperanza y la motivación para seguir demostrándote que estoy para ti. Aunque las horas sin hablar me figuren como días, aunque los días sin hablar sean semanas. Aunque tu silencio sea un puñal en mi corazón. Seguiré ahí. Seguiré ahí para ti.

He venido a redimirme. Venía a redimirme. Y lo conseguiré. Pero ahora solo y exclusivamente quiero y anhelo que un sencillo deseo se haga realidad. Tenerte aquí conmigo. No me importa cuándo ni cuanto tiempo, a qué o para qué, pero ven conmigo. No puedo dejar de pensar en lo que te gustaría este sitio. He venido donde hicimos nuestra primera escapada juntos. Donde recorrimos los preciosos senderos de los bosques enverdecidos por las lluvias de otoño. Donde nos hicimos las primeras fotos de escapada juntos. Donde te llevé en el fondo de mi pantalla durante mucho tiempo y a ti tan poco te gustaba. Estabas preciosa. Necesito tenerte cerca para que me ayudes a redimirme. Necesito hundir mi cabeza en tu pecho acostados en la cama. Necesito que vuelvas a ser lo último y lo primero que vea al acostarme y despertarme. Necesito abrazarte entre las sábanas blancas de seda. Estoy aguardando tus noticias. He decidido no decirte nada para preservar tus pensamientos y emociones y no incidir en ellos. Para no agobiarte. Aunque me muera por saber de ti. Pero tampoco te diría nada nuevo que ya no sepas. No quiero sentir que estos días marcarán un antes y un después. Quiero sentir que todo puede cambiar. Quiero sentir, y si tiene que ser así, que al menos estaremos juntos una última vez. Escucha a tu corazón, y su sabiduría te

aconsejará de la mejor manera. Pero ven. A cualquier hora, pero ven. Ven conmigo. Elígeme otra vez.

Capítulo 21

El cielo

El mar alado. El intangible de color azul. El océano de los deseos. El ecosistema de las estrellas. La temática de varias epopeyas. La felicidad de los que ya no están y la esperanza de los que sí. Pero el cielo no puede ser visto como una sábana que cubre el planeta Tierra. En realidad, tenemos el imaginario de que el cielo es el límite del universo, el punto más alto, como si se tratara de algo finito. Pero nada acerca de esta idea es verídico. El cielo es, nada más y nada menos, todo el universo que se expande ante nosotros. En astronomía, el cielo es conocido como una esfera celeste. Éste, entendido como una bóveda imaginaria, donde se distribuyen el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas. Alcanzar el cielo siempre ha sido una utopía. Pero en la mía, ahora mismo vive rodeada de nubes esponjosas con formas graciosas. Duermo en un sueño construido a base de atardeceres rojizos detrás de las montañas, bañados por lagos improvisados. Vivo buscando con la mirada desesperada la Luna antes de irme a dormir. Y si la encuentro, dulces sueños. Y de este no quiero despertar.

Nunca he brillado por ser la persona más valiente del mundo. Siempre ando con pies de plomo y complico muchos momentos que merecen ser solubles. Que deben fluir entre las rendijas de nuestra vida. Pero esta vez me llené de coraje y aunque siento que cada palabra puede ser la última, decidí escribirte. Mi sorpresa fue mayor cuando, en otro ataque injustificado de valentía, te pregunté si te apetecía vernos. Pero mi corazón volcó apresurado no solo cuando me dijiste que sí, sino cuando me dijiste si quería que cenásemos juntos. En ese momento mi cabeza circuló a mil por hora y empezó a dibujar el sitio perfecto para tan esperado reencuentro. Cenaría contigo todas las noches que quedan hasta el fin del mundo. Llegué a casa corriendo al salir de trabajar y planché tu camisa favorita. Tenía que estar impecable. Tenía que estar a tu altura. La cena fue perfecta. Cuando te vi, rápidamente me di cuenta de que el top y la falda que vestían tu cuerpo eran nuevos. Deslumbrante como de costumbre, pero no me acostumbro a deshacerme cuando apareces. Tienes estilo hasta para derramar tu vino encima de mí. Tírame tantas copas como quieras si así consigo verte reír a carcajadas. Nos fuimos a tomar algo y estaba más nervioso de lo habitual. No puede evitar sentarme a tu lado. No pude evitar besar tus labios de caramelo. No pude evitar perderme entre la pasión que nos envolvía. Fruto del deseo, las ganas, los recuerdos y la electricidad que siempre nos ha conducido a momentos mágicos. Llegamos a nuestro destino y al despedirnos, al finalizar el día, empezó lo que quiero vivir todos los días. Al despertar, tu petición apareció como agua en mayo. Qué importaban las fiestas de mi pueblo que con tantas ganas esperaba. Qué importancia tienen aquellos planes establecidos que en los cuales no participas. Cambiaría el

calendario actual para añadir más días y más noches. Fuimos a cenar a un pueblecito de cuento. Y dormimos como siempre deberíamos hacerlo. Perderme contigo por la montaña es detener el tiempo. Y ver el atardecer reluciente detrás de ti es el tiempo resplandecido. Volví a disfrutar de ti en todos los aspectos. Y a día de hoy no conozco mejor placer que invertir mis días en ti.

Es difícil de explicar la sensación de volver a tocar el cielo sin necesidad de saltar. Es complicado de entender porque cada mañana me fijo en el color del Sol reflejado en las nubes. Los atardeceres de la ciudad son menos atroces si pienso en ti. La disposición de las estrellas cobran sentido cuando recuerdo como me las explicas. Pero también es complejo manifestar el miedo que avanza en mi ser a medida que progresan nuestros encuentros. Nunca había sido tan tangible la línea que separa el cielo del infierno. No puedo evitar pensar, cuando bailo con los dioses en el Olimpo, que próximamente me esperan en mi celda del purgatorio. En esta utopía no hay lugar para las cavilaciones que asolan mi mente. Pero ese es el problema. A día de hoy no es utópico, es una realidad. Y aunque me sobran fuerzas para ser paciente, para seguir al pie del cañón, para no rendirme jamás, para demostrarte que tu coraza es quebrantable, las pierdo cuando pienso que ya nada volverá a ser como antes. Estoy listo para ganar esta carrera de fondo. Estoy concienciado sobre esta nueva realidad. Pero me asusta haber creado un nuevo sentimiento que no existía en ti. En haber fundado unos nuevos ideales impensables anteriormente. En haber hundido en lo más profundo la confianza que tenías en mí, en ti y en nosotros. En haber despedazado nuestro equipo. En haber cambiado el fondo de tu mirada.

Los días se suceden uno detrás de otro y el cielo cada vez es más oscuro. Seguimos incorporando momentos a nuestra historia. Un relato que empezó hace tres años y me niego a resetearlo. Una narración llena de secuencias ilusionantes para mí. Nunca pensé que la ilusión crearía un abismo tan grande entre nosotros. Y aunque entienda en mayor parte los cimientos del mismo, no quiero caer en él. Quiero reducir distancias, no hacerlas más largas. Inalcanzables al final. Y mientras no compartamos la misma meta, no tiene sentido seguir buscando atardeceres dignos de inmortalizar. Quizás los amaneceres deben permanecer escondidos detrás de los edificios de la gran ciudad. No puedo permitirme el lujo de seguir apaciguado esperando tu llamada, mientras en tu quiniela no está nuestro partido. No puedo seguir sintiendo nuestros momentos como únicos, porque básicamente no lo son. No compartiré mi espacio, mis ganas, mi lucha, mi dedicación y mi ilusión con tu capacidad de disociación. Para que todo vuelva a tener sentido, debo apartarme de los destellos de tu coraza al golpearla. No veo otra opción ahora mismo más que volver a ver el halo de luz resplandeciente en medio de la negra noche. Aquél que venga a buscarme. Que venga a preguntarme donde estoy y me señale el cielo. Levantar de nuevo la cabeza y ver como las estrellas se posicionan delante de mí. Que formen el recorrido que ambos queremos emprender.

Que me vuelvan a enmarcar el destino que debo seguir. Y es que en el cielo está la respuesta a tantos miedos y tantas dudas. Volver a verlo azul imponente. Iluminado por la noche. Rojizo por la tarde y anaranjado por la mañana. Y despejar los nubarrones punzantes al tumbarme.

Capítulo 22

La calma

“Después de la tormenta viene la calma”. Es una expresión que surgió alrededor del Siglo XI, donde los primeros navíos medievales empezaron a surcar los mares en busca de tierras enriquecidas donde establecer sus raíces. Aquellos tiempos donde los navíos estaban ataviados de familias inexpertas en este tipo de travesías, pero que se veían obligadas a lidiar con la violencia del mar para poder prosperar. Muchos tripulantes sucumbían a las embravecidas embestidas del oleaje producido por tormentas de gran alcance, dejando detrás de sí momentos trágicos durante el trascurso de la pelea ambiental. Horas de combate eternas contra una fuerza todopoderosa que arrasaba con todo lo que se encontraba a su paso. Y cuando finalmente pasaba, silencio. El silencio más deseado y a la vez más punzante que se puedas imaginar. Una calma sostenida en el aire, donde el esperado sonido de la brisa se entrelazaba con el llanto solitario e intermitente en el tiempo.

“Calma” y “silencio” son las variables que me acompañan en estos días de sosiego. Aprovecho los momentos de soledad para hacer repaso de todo lo que he vivido en estos últimos meses. Una mirada atrás que esta vez observo desde el prisma de la psicología, bajo nuevos ejercicios, métodos y reflexiones que estoy aprendiendo. Y cuanto más reviso, más me cercioro de lo desajustado emocionalmente que estaba. Hasta el punto de tomar decisiones inimaginables, sin un claro punto de retorno, que carecían de cualquier tipo de fundamento justificado. Nadie está a salvo de sus propios pensamientos y sentimientos. Muchos de ellos originados en la infancia e indetectables hasta muy pasados los años. Volcamos en la pareja los resultados de varias heridas emocionales ocasionadas en nuestras etapas pasadas, y lo peor no es hacerlo inconscientemente; lo peor, es que realmente pensamos que obramos bien. Detrás de todas las heridas (humillación, traición, abandono, rechazo e injusticia) se escuda el miedo bajo el que actuamos. Miedos que tampoco interpretamos como tal, pero que conforman las armas con las que nos defendemos cuando se activan estas heridas. Insisto, no son heridas creadas en las relaciones amorosas, pero nuestro homónimo en la pareja es quien sufre las consecuencias. Pensaba que conocía la manera idónea de discutir, y no es así. Pensaba que había descifrado los códigos de las relaciones sanas en su máxima exponente, y ni por asomo he descodificado un 5%. Las vivencias en pareja manifiestan y reactivan heridas sin curar ni tratadas anteriormente. Y también sucede en relaciones de amistad o laborables, pero con la pareja es con quién más tiempo pasamos juntos. Dos personas conviviendo diariamente con todas las responsabilidades, emocionales y diarias, compartidas por decisión mutua. Una decisión fruto del amor que sientes, que no has elegido experimentar. Pero un amor que

sí te lleva a elegir con quién quieres pasar el resto de tu vida.

Muchas personas sienten que se arrepienten de su elección al cabo de unos años. Las expectativas que nos marcamos (fruto de varias heridas activas) no se ven resueltas por no cumplir con las exigencias que plasmamos. Ordenar en vez de pedir, esperar algo que no llega en vez de fluir o dar por sentado hechos necesarios en vez de comunicarlos. No reconocer los errores, querer entenderlo todo hasta machacar a la persona que quieres o pensar que tener la razón nos hace victoriosos de una guerra que nunca se debería iniciar. Son simples ejemplos cotidianos que están presentes en las relaciones de pareja y no somos conscientes de ellos por la rapidez en que avanza la vida. Para no arrepentirte de la elección que tomaste, fruto de un amor incondicional que te hacía perder los estribos en cada cabalgada que despertaba tu corazón, se debe tener paciencia. Y aunque siempre pensé que la tuve, estaba muy equivocado. No fui paciente cuando más tuve que serlo. No quise trabajar para mejorar, para perdonar, para olvidar y para ser consciente de que el amor y la rendición no pueden pasear juntos de la mano. Logré lo más difícil de todo esto; enamorarme locamente de la manera más sana imaginable del amor de mi vida. Encontrar a aquella persona con la que sientes que es ella, y nadie más. Entre las más de ocho mil millones de personas que habitan este planeta, diste con la chica que te corta la respiración cuando está cerca, la que trae paz a tu mundo interior cuando estás a su lado y la que al observarla a la lejanía, provoca en ti una sonrisa tímida irremediabilmente imborrable durante unos segundos. Eso es lo jodidamente complicado. Todo lo que viene después es solucionable. Requiere trabajo, sacrificio, voluntad y sentimiento.

Soy consciente de la situación en la que me encuentro. Un estado de indecisión constante donde siento que cualquier paso que dé será el último hacia esa dirección. He salido mermado emocionalmente después de la tempestad. Una tormenta que ha amotinado en el tiempo arrepentimiento, redención, ilusión, frenesí, perplejidad, decepción, confianza, sufrimiento, espera. Un cóctel de sentimientos difícilmente gestionables por mí mismo. Incertidumbre. Desconozco el camino que debo ascender. Y no caminar, que sería demasiado fácil. Bien es cierto que han aparecido en mí varios sentimientos impensables en el pasado. Es la primera vez que lidio con ellos. Autoestima inexistente, soledad pura y desconfianza enfermiza. Vivo rodeado de fantasmas que intoxican mis pensamientos continuamente. Sopesando un ejercicio de mindfulness, leí que los pensamientos no son la demostración de los hechos. Que nuestra mente tiende a autodestruirnos cuando no disponemos de la certeza de las cosas. Pero un pensamiento no es la prueba irrefutable de un acto. Quizás nunca pasó, o quizás sí. Detesto vivir en desconfianza. Quema. Por todo ello, he comprendido la distancia que he creado por mi incesable lucha inconsciente por reparar el daño causado por la mayor de las heridas. La que literalmente dañas de la peor manera posible, a quien más amas. No era el momento, el tiempo ni el espacio para reparar tanto dolor

causado.

Calma, silencio y espera. La esperanza que me ha pedido que no tenga, pero que he decidido no perder hasta el final. ¿Qué más puedo perder? No me asusta el tiempo que pueda pasar, las lágrimas que queden por derramar o los momentos malos que me queden por sufrir. No me restan más palabras de arrepentimiento, de reclamar su perdón y su olvido. Solo emanan las ganas por recuperar al amor de vida que tan "in"comprensiblemente perdí. Y marco "in" con comillas porque no era consciente de la poca razón que reinaba en los sinrazones de mis decisiones. Y ahora lo comprendo todo. Seguiré trabajando en mí para reconstruirme. Seguiré alimentando las ganas de que aparezca un día el sol o la luna, en su máximo esplendor, brillando resplandecientemente al marcar un nuevo comienzo. No deseo otra cosa en el mundo más que repetir el mayor hito que conseguí en la vida. Encontrarla, elegirla y saber que es ella. Toda ella.

Capítulo 23

Lo mismo

Claro que no va a ser lo mismo. Tú misma me has demostrado que no eres la misma, ni yo soy el mismo. Nunca en mi vida he querido ser el mismo. Desde que dejé atrás la época adolescente, e incluso algunos rayos de introspección desordenada ya vaticinaban mis intenciones, busco pensar e indagar en qué mejoro o como evoluciono. Como cambia mi mente, como aprendo nuevos conceptos y modelos de vida que incorporo en mi día a día. No fui el mismo durante tres años, ni soy el mismo a día de hoy. Desde que empezó esta bonita historia, he centrado mis esfuerzos en intentar mejorar como pareja, como equipo. Puse todo mi empeño en ayudarte a saltar tus precipicios más altos, en ahuyentar los miedos que se atesoraban en ti y en pulir el diamante en bruto que ya brilla por su propia esencia. Y ahora, con la voz de la experiencia hablándome todas las noches al oído, descubro que mis intenciones eran buenas, pero no lo era el método empleado.

Claro que no va a ser lo mismo. Me ayudaste a mejorar mis hábitos, cambiaste mi mentalidad sobre muchos temas sociales de gran importancia y crecí personalmente a tu lado. Gran parte de los valores que tengo a día de hoy, y de los cuales me siento muy orgulloso, son gracias a ti. Aunque te aterroricen los cambios, la inestabilidad y las críticas constructivas, intenté hacer lo mismo contigo. Quizás con una fuerza desmedida que finalizaba en frustración por mi parte. Primer error. Exigir no es ayudar. Impacientarse no es mejorar. Romper con todo no es amar. Después de cometer el mayor error de mi vida, del cual todavía no me he perdonado a mí mismo, no soy el mismo. Cuanto más trabajo en ello, más me doy cuenta de lo equivocado que estaba antes del día del juicio final. Por lo tanto, más lejos estoy de perdonarme. Pero al mismo tiempo, más cerca estoy de entender el colapso mental y emocional que sufrí. Aunque no quieras recordarlo, si hubiésemos sido lo mismo, tarde o temprano hubiese saltado todo por los aires. Ni mucho menos justifico la acción, pero no olvido los motivos que me llevaron a tal bloqueo. Indagar en ellos, aprender a solucionarlos y trabajarlos de frente me han permitido desarrollar la suficiente capacidad para no volver a provocarlos. Fueron situaciones insensatas, llevadas al extremo y sin un ápice de empatía. Yo mismo el primero. Desearía más que nunca que pudiésemos utilizar una máquina del tiempo que nos lleve al pasado, para cambiar el transcurso de la historia con la experiencia adquirida. Pero no existe tal opción, por lo que solo nos queda aceptar la realidad y fijar la mira hacia adelante con las ideas, procesos y metodologías más claras que nunca.

Claro que no va a ser lo mismo. Toda esta deconstrucción me ha permitido darme cuenta de que estoy más enamorado que nunca. Que nunca. Que nunca en tres años, siendo cierto que los primeros ocho

meses fueron los mejores de mi vida. Pero ni siquiera ahí estaba preparado para amar como lo estoy ahora. Ni siquiera ahí tenía la madurez para construir una relación basada en el respeto, la admiración y el amor incondicional. Incondicional. La palabra que sentó la base de esta obra trágico-romántica. Incondicional no es irracionalidad. Incondicional no es mostrar apoyo en cualquier situación. Incondicional es ser consciente de que pase lo que pase, sientas lo que sientas, te armarás de paciencia para dar con la solución a los problemas. Escucharás, recomendarás, empatizarás y fluirás con los tiempos de respuesta y cambio. Siempre bajo el paraguas del amor. Detectas que debe ser incondicional, y solo lo sentirás una vez, cuando no hay nada más. Cuando no existe más allá. Cuando has conseguido lo imposible. Dar con ella. Dar con la persona que provoca que tu cuerpo hable. Ni tu corazón, ni tu mente. El cuerpo manifiesta todas las emociones que brotan a través de él. A veces duele, otras se inunda de tal adrenalina que te haría volar, y otras se estremece de placer. ¿Estoy loco por pensar que estoy más enamorado que nunca? La corriente social impuesta es desenamorarte con el paso del tiempo. El terremoto que provoqué me ha llevado a esta situación. Bien es cierto que devastó los cimientos de una bonita relación. Pero la catarsis que viví ha desencadenado en esta nueva realidad. Después de la humareda que ya invadía nuestros días, vuelvo a verte. Más bella que nunca. Y no es una belleza exterior que puedas describir. Es un resplandor interior del que nunca fui tan consciente como ahora. Mi intención no es agradarte. Cometería los mismos errores del principio, y sigo aquí para resolverlos. Mi perseverancia es intentar demostrarte lo que siento por ti. Nunca antes había estado tan seguro de mis sentimientos. Es una sensación de unión. De equipo. De ser uno. Juntos somos capaces de conseguir lo que deseemos.

Claro que no sería lo mismo. Nos hemos alejado tanto el uno del otro que la distancia a recorrer es interminable. Tus más que entendibles idas y venidas no se recolocaban en el camino, ni con la brújula mejor calibrada jamás inventada. Mi impaciencia por conseguir tu perdón, mi afán constante por transmitirti tanta verdad en mis sentimientos y mis ganas de arreglar el mayor desastre que he cometido en mi vida, nos han llevado a esta situación. Un paradigma de sufrimiento, desconfianza y vértigo. Yo también lo siento, no te voy a engañar. No soy la misma persona decidida, rebosante de amor propio y confiada en sí misma. Soy un triste reflejo de lo que tanto te gustó de mí. Pero este proceso pasa por acariciar con las yemas de mis dedos el fondo del pozo en el que estoy metido, para que su humedad me recuerde que a pesar de todo, merezco palpar este proceso de cambio tan duro pero necesario al mismo tiempo. Debo canalizar todo este aprendizaje hacia lo que está por venir. Resurgir de las cenizas del incendio que yo mismo provoqué, para que el día de mañana pueda estar a tu lado sin sentir que me rompo a pedazos. Para aceptar que nunca volverás. Para verte feliz y sonriente sintiendo que no formo parte de los motivos, y aun así vibrar contigo. Para seguir apoyándote en todo lo que necesites. Para ayudarte en tus días grises.

Para ser luz en tus noches oscuras. Para vislumbrar un amanecer y al abrir los ojos, no acordarme de ti. Para sonreír a un atardecer y no llorarle más. Para resignarme a imaginar una vida contigo y no apalearme más por haberla desechado. Para que los "para siempre" vuelvan a tener sentido, y esta vez de verdad. Para recordar lo que un día fuimos. Para no ser desconocidos. Para no dejar de ser.

Claro que no sería la misma relación. Hubiese sido mucho mejor.